

cosas, su caballo, su escopeta, su venada, conejos, gallinas, pájaros y cuanto tenía reunido en su Edén. — Pero Lorenzo me dijo, advirtió su padre, que aquí tenías un traje particular, que eras Reina, Diosa, Deidad, y quiero verte de la manera que has estado. — Es cierto, voy á complacerte, mientras siéntate en el corredor y admira mis flores; niño, enséñale á tu papá grande tus juguetes, y se metió á vestirse con su traje común.

Inter el Changuito á imitación de la madre fué acumulando sobre el abuelo sus caballos, tambor, muñecos, trastes y con cuanto le llevaban sus papas. Llegó Lorenzo que contándole á Angel lo ocurrido se entretuvieron un rato. — ¿Pero qué es esto, señor? no sólo le han echado el caballo encima, sino que lo han constituido en baratillo? — Qué quieres, hijo mío, estos son los gajes de los abuelos, son muy rígidos con los hijos y los nietos los dominan. De repente apareció Amparo con su singular vestido, y tocándose la falda de su sombrero soltando su escopeta al descuido sobre el brazo izquierdo dijo: — E. S. gobernador, la Reina de la Culebra, la Diosa de Capirio y Deidad de Cooperillo, humilde implora la gracia de que se sirva S. E. honrar su pobre mesa, no encontrará manjares exquisitos ni deliciosos licores, pero sí una buena voluntad más grande, que el inmenso espacio que á su vista se presenta. — Acepto, hermosa Reina, hechicera Diosa, y Deidad encantadora; con razón hay hombres que se arrojan al fuego por salvar esos ojos que hacen eclipsar al sol, vamos á la mesa porque este día ha sido el más delicioso de mi vida, ha nacido de nuevo para mí mi vieja, y me encuentro con un Changuito más lindo que el lucero del alba.

Almorzaron todos perfectamente, el Chango echó el resto en sus guisos, y después se fueron á enseñar al abuelo el arroyo de los Leones donde fué bautizado Juanito. Al ver á su hija absolutamente cambiada, robusta, de bonitos colores, muy ágil y convertida en una semi amazona exclamó: — Apenas puedo dar crédito á lo que miran mis ojos, tu transformación me encanta. — Eso mismo mesorprende al verte, papacito, le contestó, que yo haya mudado de vida, costumbres, y me haya constituido una salvaje, no es de extrañarse, porque la circunstancia de amar á un hombre que habita en los bosques, me

hizo acomodarme á lo que me podía facilitar, sin más aspiraciones que poseer su corazón, y no tenía compromiso que me ligara á cumplir ningún ofrecimiento contrario á mis designios, por eso es que me admiró de verte de gobernador; que te mire calvo, sin dientes y muy variado, le echo la culpa al tiempo, pero eso de figurar en política no tiene perdón, ¿adónde está tu sostenido carácter, tu rígida formalidad, y la fe y amor que mi mamá te merecía? ¿no recuerdas que solemnemente le ofreciste no mezclarte en ella? ¿el tiempo que te ha quitado el pelo te ha trastornado los sesos, ó ya para ti es mi madre una persona indiferente? — Tienes razón, mi vida, tu reconvencción es justa, y te confieso sinceramente que en el delito he tenido el castigo, las apremiantes circunstancias en que llegó á verse la causa pública, el ser presidente de la suprema Corte, y tantísimo como me mortificaron, hasta el extremo de echarme de empeño á tu mamá, me hizo dar con mi propósito en tierra, pero apenas subí al poder, cuando los mismos que me elevaron comenzaron á quererme derrocar, porque sus miras bastardas, falso patriotismo, y conveniencias particulares se estrellaron contra mi modo de gobernar; todos se figuraron tener en mí un espantajo, un maniquí de quien sacar toda ventaja; pero yo que tengo mundo y sé cuáles son mis obligaciones, he querido escarmentarlos manteniéndome firme, haciéndoles sentir un triste desengaño, llegando su audacia y desvergüenza-hasta el extremo, de que hubo hombre que pretendió un ascenso alegándome por méritos, que en la época anterior vendió los secretos del gobierno dando parte á su enemigo de todas las disposiciones; porque no se quedara descontento, y vista su propia declaración, le mandé dar en presencia de los muchos aspirantes que me asediaban, veinticinco palos en el cuerpo de guardia del palacio, y por cordillera lo mandé desterrado del Estado. Me he encontrado multitud de despilfarros que con mano rígida he corregido, ocasionándome millares de descontentos, mi gobierno ha de durar bien poco, pero más de cuatro se han de acordar de mí, y muy caro pagarán el haber pensado que yo era-tan pícaro como ellos.

Cada rato he querido renunciar y echar á todos enhoramala, pero solo el capricho de amolarlos y hacerlos entrar al orden

me ha hecho conservarme en el puesto, les puedo asegurar á vds. sin jactancia que no he encontrado un liberal de buena fe en todo el Estado, y sólo he sacado la ventaja de conocer á fondo á mis compatriotas para no volver á alternar con ninguno, porque todos no estudian más que el modo de vivir á costa del erario de puros holgazanes, ó sacar cuantas ventajas puedan de su opinión tan voluble como el viento; conque ya te confesé mi error, y muy pronto volveré sobre mis pasos; pero vamos á otra cosa, yo me propuse ser padrino y compadre de vds., presentarlos si era posible hoy mismo á la iglesia, mas por ningún principio es conveniente descubrir en el valle este secreto, todo el mundo diría que cuanto acabo de hacer por Lorenzo no ha sido en justicia, sino que abusando de mi autoridad sólo he tratado de dejar bien puesto á mi yerno, además, no puedo consentir que vds. permanezcan en tal estado ni dejar á mi vieja en estos páramos; el gusto que he tenido en abrazarla no se les puede negar á su mamá y hermanas, ¿qué hacemos, Lorenzo? tampoco puedo despojarte de tu mujer porque bien ó mal hecho es tu esposa y yo te la acabo de dar. — Señor, contestó Lorenzo, reconociendo á vd. como á mi padre, y agradecido á sus bondades, me tiene á su obediencia, haga de mi persona lo que guste, y sólo le suplico que para este asunto, se digne consultar la voluntad de mi esposa que es la dueña de la casa y madre de la familia. — ¿Qué dices, hija, me sigues para Morelia, ó insistes en permanecer en estos bosques ignorada? — Me pides imposibles, papacito, yo no quiero despreciar á ninguno ni puedo partir mi corazón, mucho menos ir á Morelia, porque si aquí temes el escándalo, allí sería peor la campanada que diera mi resurrección, causaría más mitote, que pesadumbre dió mi muerte, sería el origen de mil comentarios, y es capaz que esos descontentos de tu gobierno hallaran en este raro acontecimiento una arma con que vengarse de ti, por lo que decididamente jamás pondré un pie en la capital del Estado. — Se me ocurre un medio, hijita, que Lorenzo prescinda del coronelato y cuantos chismes lo ligan por aquí, para que directamente se vaya á vivir con toda su familia y á manejar las haciendas de tu mamá, en donde sin llegar á Morelia te tendremos muy cerca. — Papacito, eso mismo pensaba yo, pero para darte gusto se

necesitan sacrificios. — ¿Cómo sacrificios? explícate, niña. — Me explicaré si me escuchas con calma y no te ofendes. — Puedes hablar. — Pues bien, renunció contenta á cuanto ves que aquí me ha costado mi sudor y trabajo, haré que Lorenzo también prescinda de la buena colocación que al fin ha logrado, del sitio en que nació, y cuanto por aquí lo liga, y ya ves que por nuestra parte haremos proporcionalmente sacrificios por complacerte, pero ha de ser á condición de que por la tuya me ofrezcas recompensarnos de igual manera, y si te determinas es negocio arreglado. — ¿No sé cuáles me exijas? — Unos muy sencillos y que no podrás negarnos; ya faltaste una vez á tus propósitos, ya no eres aquel hombre inflexible y sostenido en sus ideas, dices que tienes mundo, que no quieres alternar con tus buenos compatriotas; pues ahora mejor que nunca puedes complacerte y con una palabra hacernos á todos muy felices, en la inteligencia de que si no aceptas, no me sacas de estos cerros ni á balazos. — ¿Qué es lo que quieres, no me confundas? — Que prescindiendo de vanas preocupaciones y caprichos, echés á la porra al gobernador, al ministro, al licenciado, á tu bufete, los negocios y cuanto te liga por allá, para que reunidos todos en las haciendas no sean vds. dos más que rompeterrones como mi abuelo; sólo por cabezudo te has acabado la vida defendiendo intereses ajenos, abandonando los tuyos, los nuestros, á manos extrañas que muy bien habrán sabido aprovecharse de ellos en propia conveniencia, confíesala mas que no me la pagues, conoce la razón, quiero que te acuerdes que no eres dueño de ti mismo, que eres padre, que tus hijos reclaman tu persona y que sólo perteneces á tu familia; en fin, papacito de mi alma, quiero ver cuánto dura un viejo bien cuidado, y que aunque sea en el último tercio de tu vida le des gusto á mi mamá que tanto suspira por el campo y el sitio en que se crió. — ¿Pero tú me pides también imposibles, Amparito, eso de desbaratar hasta mi casa, nulificar mi carrera y...? — ¿Y á qué más puedes aspirar en tu carrera? ¿qué necesidad tienes de ella para comer? — Es verdad, ¿pero qué dirán los que vean tal disparate? — ¿Y qué te supone lo que digan unas gentes que no te merecen fe ni tienes gana de alternar con ellas? al contrario, que vean que huyes de su trato porque conociendo sus mañas

los desprecias. — Ya veo que no te faltan razones para sostener tu pretensión, me has cogido la encuartada, y mas que sea una locura, será vd. obedecida al pie de la letra, Deidad de Cooporrillo. Lo abrazó llenándolo de caricias contentísima de haber conseguido cuanto deseaba. — Conque según lo pactado, dijo el papá, queda definitivamente arreglado, que mientras voy á desbaratar la casa en Morelia, Lorenzo vaya á hacer desaparecer las tuyas por aquí, al mismo tiempo que su hermano Angel y tú arreglan la que mejor les parezca para meternos en las haciendas, en donde será el punto de reunión. Casualmente estoy disgustado con el administrador que últimamente coloqué, ya no existen ninguno de los dependientes que pudieran concertar, y allí se podrá formalizar tu matrimonio y el bautismo de mi Changuito, *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión.* Señor D. Lorenzo, discurra el modo de ver cómo desaparece ó matas de una vez al coronel Astucia, para que su nombre se sepulte en el olvido, porque en las haciendas te esperan con ansia tu padre, tu esposa, tu hijo y demás familia que con gusto recibiremos en nuestros brazos á Lorenzo Cabello: pero jamás emparentaremos con el tal Coronel Astucia que ha dado tanto en que decir, esa es mi resolución definitiva, ahora nos pondremos de acuerdo para no perder el tiempo ni dar á nadie en que sospechar. Esta tarde bajaremos para el pueblo y mañana públicamente emprenderá su marcha el gobernador, mientras que por aquí la Deidad alza su campo y dispone su hitacate para el camino; vámonos á tirar un rato mientras se hace hora de comer, porque anoche nos la pasamos de claro en claro. — Y que Angel con los cachorros, agregó Lorenzo, trasladen desde luego todo lo que guste llevarse esta niña para tierra fría, al cerro de la Culebra, en donde nos reuniremos pasado mañana para emprender la marcha para el de Irimbo ó á Coroneo, y allí se desgranará la mazorca.

Al estar comiendo, dijo el abuelo: — Voy á ver si hacemos de un avío dos mandados, y tenemos que comer dos guajolotes de un par de bodas. — ¡Cómo! ¿pues quién de mis hermanas se casa también, papacito? — Lola que está apasionada perdida de un joven pasante mío, no pudieron disimular sus amores, llamé á la muchacha á cuentas, ella sin embozo me contó sus

pretensiones, y para evitar que el amante anduviera haciendo el oso, rondando la calle y dando que decir, le he permitido la puerta franca, ya casi es negocio arreglado, y esperamos que se acabe de recibir de abogado para que no corte su carrera, ya está apto, sino que por los chismes políticos en que me he metido no he podido presentarlo, y de eso será de lo primero que me ocupe al llegar á Morelia. — ¿Y qué casta de joven es ése? — No te diré nada de su descendencia porque no me he metido en averiguarlo, desde luego se conoce en su presencia, finos modales, que es de buena cuna, tiene un talento muy despejado, es estudioso eficaz, nada pedante ni patarato, en fin, el rey de mis pasantes, le he confiado algunos negocios de consideración, y por último, él lleva el peso de mi bufete, me ayuda en la audiencia, y casi no soy más que un firmón, me lo recomendó su tutor que es muy mi amigo; pero ahora si se formaliza el casamiento trataré de informarme, aunque á juzgar por su apariencia creo que es excusado ese paso, yo soy buen fisiologista y rara vez me equivoco. — ¿Cómo se llama tu protegido, papacito? — Enrique López, ahí lo conocerás y serás de mi misma opinión. — Sin ir más lejos, dijo Lorenzo, yo podría dar razón de la descendencia de ese caballero, y sólo para que vean que no debe uno fiarse de las apariencias porque engañan todas, en dos palabras le diré simplemente, que Enrique López, el tutoreado del señor D. Manuel N. (si es acaso el mismo de quien se trata)... — Es el mismo, y prosigue, Lorenzo. — Pues, señor, prosigo, ese joven es hijo de una mujer loca y de un hombre que por sus procederes fué colgado en un pino para escarmiento de pícaros, quedó solo á cargo de un tío postizo compañero del ajusticiado, que también ha dado mucho que decir, y ni el gobierno del Estado pudo corregirlo; no se entienda que esto lo digo por desprestigiar á ese sujeto, sino porque se trata de apariencias para juzgar; eso es respecto de sus padres, en cuanto á su fortuna, sólo cuenta con su inteligencia, porque hasta los cigarros que chupa se los dan de caridad, en este supuesto compare sus apariencias con mis verdades, y vd. sabrá si lo admite como yerno. — Hombre, me has dado un escopetazo, de un solo golpe has desbaratado todo mi plan y el mejor concepto que me tenía formado de ese des-

venturado joven, que tendré la necesidad de despedirlo de mi casa negándole redondamente la mano de Lola. — ¿Pero qué culpa tiene, papacito, dijo Amparo, ese pobre joven? ¿acaso estuvo en su mano elegir su suerte? ¿qué jamás podrá el desventurado hallar un remedio á la desgracia que sin tener parte lo persigue? ¿y no podrá algún buen hijo borrar con nobles hechos la mancha de que esté sucio, sino que á fuerza ha de pagar sin remisión los errores de sus padres? así nunca se corregirá ningún mal, y desgraciado del que por malas apariencias se juzga de su persona. — Todo lo contrario, hijita, y yo por las buenas apariencias que actualmente lo rodean, lo he considerado. — Pero que han rodado por el lodo, replicó Lorenzo, al instante de compararse con las adversas, y si este descubrimiento hubiera sido después de ser admitido en la familia, sin duda es origen de la eterna desventura de todos. — Es verdad, ¿pero qué hacer en tal estado, hijo mío? — No sólo en tal estado sino siempre, no juzgar ligeramente por apariencias, sino por las efectivas realidades, que si las quiere saber tampoco tengo inconveniente en decírselas como lo hice con esta niña al declararnos nuestro amor.

Ese joven Enrique es hijo de Clarita, una de las víctimas sacrificada á la avaricia y perversos instintos de su padrastro, que con falsas apariencias encubría sus crímenes, mientras que con muy desfavorables ella ocultaba sus pesares, hasta que la realidad hizo colocar á cada cual en su verdadero puesto. Su padre fué José López que con el apodo de Pepe el Diablo, sucumbió como he contado á vd. con mis demás hermanos en la barranca de la Viuda, y fué colgado también por los bandidos autorizados que nos asaltaron, y el tío postizo de quien depende soy yo : ahora, señor, ya puede obrar con conocimiento de causa, la suerte de ese muchacho la pongo en sus manos, resérvese los pormenores que le he contado, porque he tenido empeño en que los ignore, y si se ha granjeado que sus apariencias no le sean perjudiciales, sea eso su única recomendación para que no lo corra de su casa, ni le niegue la mano de su hija, digo mal, de la mía, porque tengo participio después de Dios en su existencia. — Con muchísimo gusto lo acepto por hijo, contestó el padre. — Y yo por hermano, agregó

Amparo. — Y yo les agradezco á los dos su bondad, replicó Lorenzo : á vd., señor, que ha sido nuestra Providencia le corresponde acabar su obra y hacer nuestra felicidad completa.

A buena hora se bajaron los dos para Jungapeo donde inquietas los esperaban multitud de personas, á quienes contó el coronel que S. E. fué á ver en un instante el cerro grande donde se situó el memorable campo de Cooporo ; hubo su tertulia y otro baile empenándose todos en acompañar al gobernador al otro día hasta el puente de Irimbo, almorzando de paso en Tuxpam. Desde que se separaron de Cooporillo empezó la Deidad á desbaratar su Edén donde dió puerta franca á sus animales diciéndole á su venadita : — Corre, primorosa, anda con entera libertad por estas selvas adonde encontrarás á los tuyos y gozarás con ellos de regocijo, como yo. Acabó tu reclusión, lindo faisán, respira el aire libre, parte á cumplir con tu destino, como yo. Vuelen, querido jilguero, amado zenzontle, dorada calendria, hermoso cardenal y todos vds. que con sus dulces trinos han alegrado mi estancia, váyanse á buscar á sus parejas, á vivir contentos y descansar en sus nuevos nidos, como yo. Así con mil ternezas, se fué despidiendo de todos sus animales, juntó semillas de sus flores favoritas, y marcharon al otro día, recogiendo de Capirio también lo que era posible llevarse en cuatro mulas de carga que con Simón mandó Lorenzo y cuanto pudieron acomodar en sus caballos. Llegaron muy fácilmente al cerro de la Culebra adonde los esperaban el gobernador y Lorenzo que desprendiéndose de sus acompañantes, á poco rato se internaron en el huizachal de Jaripeo el grande, y remontándose por el encinal coordinando sus planes para realizar sus intenciones, insensiblemente retrocedieron hasta dicho punto, al ver que estaba haciendo una luna muy hermosa quisieron aprovecharla, y á las siete de la noche partió la caravana compuesta de dos mujeres, cinco hombres, el Changuito dormido bien colocado entre las cargas, tres caballos de mano, cuatro mulas, todos cargados de envoltorios y de trebejos, seguidos de catorce mastines de todas clases, edades y tamaños; he aquí la familia del mentadísimo coronel Astucia, que la sacó del valle sin que alguna persona lo notara, y avanzó esa noche casi al trote

cortando camino hasta parar á las diez de la mañana del día siguiente en la cañada de las Torcazas, donde de la manera más extraordinaria celebró su matrimonio cinco años antes, improvisaron su barraca, hicieron su cocina, almorzaron llenos de gusto, descansaron y durmieron hasta proseguir á las seis de la tarde su marcha para llegar á Coroneo de noche no llamando la atención de ninguno, á posar al mesón mismo que repuesto les hizo recordar tristes memorias, lo mismo que el sepulcro muy arruinado que por desidia estaba á un lado de la iglesia lleno de hierbas y tepozanes que eran sus adornos fúnebres. De aquel pueblo partió el gobernador con Lorenzo seguidos de Simón y el Chango con dos mulas de avío hasta San Andrés, donde acompañado de la escolta que allí lo esperaba se siguió de frente hasta Morelia, y Lorenzo por Tajimaroa regresó al valle mientras Angel su cuñado con más comodidades, nuevos criados, y otras cabalgaduras fletadas, cortando por Santa María, Maravatío el alto, y otros pueblos, habilitado de dinero y su carta orden, á jornadas descansadas, llegó á recibirse de las haciendas que al instante le fueron entregadas, y Amparo empezó á disponer las habitaciones para los huéspedes que debían emigrar.

## CAPÍTULO XIV

El extraordinario de Morelia. — Muerte del coronel Astucia. — Caída del gobernador. — El yerno y los suegros. — Las dos bodas. — Conclusión.

Lorenzo con sus viejos cachorros empezó con disimulo á transportar los diez y seis mil seiscientos pesos concedidos á sus *todos primitivos* para sus respectivas casas, destruyó sus habitaciones quemando maderas y no dejando indicios de ellas, y el último viajecito de Simón y el Chango, fué conduciendo en dos cajitas de madera muy curiosas, las cenizas de Clarita la madre de Enrique y los restos de su padre, que con precaución y disimulo se extrajo de los sepulcros, dándoles orden á sus enviados de no volver sino quedarse con su amita. El se quedó de huérfano andando de aquí para allí, comiendo en una parte y durmiendo en otra para no hacerse molesto, sin más avío que tres mudas de ropa interior, depositadas en un escondite del cerro de Tarimoro, y su caballo tortuguillo; todo lo dejó en corriente en menos de veinte días, ya habían pasado otros diez ó doce, cuando estando muy entretenido con sus *todos* en Laureles jugando gallos en celebridad de que comenzó la zafra ó molienda de caña, llegó á mata caballo un correo extraordinario conduciendo unos pliegos del gobierno, preguntando ansioso por el coronel Astucia á quien iban dirigidos. — ¿Qué se ofrece? dijo al que primero recibió el correo, y le gritó luego: — Aquí lo buscan de Morelia, coronel. Y pudiendo apenas disimular su alegría recibió las comunicaciones, y mandó que le dieran de comer á aquel hombre y un pienso á su caballo. — ¿Qué acontece, coronel? — ¿Qué hay, amigote? — ¿Qué es alguna novedad? así todos fueron preguntando llegando ansiosos á rodearlo. — Vean vds., ca-